

VIDA Y ESPACIO EN LAS PRIMERAS MISIONES JESUITAS DE LOS LLANOS DEL ORINOCO COLOMBIANO (1659-1670)

LIFE AND SPACE IN THE FIRST JESUIT MISSIONS OF THE PLAINS OF THE COLOMBIAN ORINOCO (1659-1670)

Julián Galindo Zuluaga

Resumen: La constitución de las primeras misiones en la zona llanera de Colombia pasó por un sinnúmero de conflictos, pues los ignacianos tuvieron pugnas con encomenderos, mercaderes, indígenas, tribus enemigas, el clima, entre otras. Así, el espacio tomó importancia, pues fue tanto una herramienta para evangelizar y como para formar un modo de vida. Este proceso se dio bajo el modelo europeo (en las haciendas, primordialmente) y se debió al difícil asentamiento que hubo en las misiones.

Palabras clave: jesuitas, misiones del Casanare, espacio, evangelización, misiones.

Abstract: *The constitution of the first missions in the plains area of Colombia went through endless conflicts, as the Society of Jesus fought with encomenderos, merchants, indigenous people, enemy tribes, and the climate, among others. Thus, the space became important because it was both a tool to evangelize and a form of life. This process happened under the European model (on the haciendas, primarily), and it was due to the cause of the problematic settlement that existed in the missions.*

Keywords: *Jesuits, Casanare missions, space, evangelization, missions.*

Para citar el artículo: GALINDO ZULUAGA, Julián. “Vida y espacio en las primeras misiones jesuitas de los Llanos del Orinoco colombiano (1659-1670)”, *Ab Initio*, Núm. 14 (2021), pp. 57-79. Disponible en www.ab-initio.es

Recibido: 18/07/2020
Aceptado: 14/12/2021

No es culpa el nacer tarde, la culpa podía estar en no trabajar bien después de haber salido al mundo¹.

I. INTRODUCCIÓN

Con esta frase comienza la justificación del padre jesuita Joseph Cassani de la tardía llegada de la Compañía de Jesús a los territorios neogranadinos. En 1566 llegaron a la Florida, en 1572 a México, pero no es hasta 1598 cuando arribaron al Nuevo Reino de Granada. Para el año de 1604 se fundó la Provincia jesuítica del Nuevo Reino de Granada —la cual incluía los actuales territorios de Ecuador, Panamá, República Dominicana,

¹ CASSANI, Joseph, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1741, p. 7.

Venezuela y, por su puesto, Colombia—², con la creación del Colegio Máximo de Santa Fe. Desde temprano en su llegada, los jesuitas centraron su atención “no en la corteza del continente, sino en los grandes espacios irredentos, es decir, en el corazón y en las entrañas de América”³. Por ello no es fortuita la fuerte presencia, en la forma de misiones, que tuvieron en los hoy en día conocidos como los Llanos orientales colombianos. En dicho territorio los jesuitas construyeron una serie de pueblos y reducciones que llegaron a juntar a casi 10.000 individuos al momento de su expulsión en 1767⁴. La presencia ignaciana en territorio misional se extendió de manera ininterrumpida por más de 130 años. En el presente artículo centraremos la atención en indagar aspectos de la vida en las misiones jesuíticas neogranadinas, desde una perspectiva espacial, entre 1659 a 1670 (primer periodo de las misiones en este territorio). Dentro de lo que podemos catalogar como “vida” se entrelazan otra serie de nociones (que son importantes para comprender los porqués de las misiones en esta zona geográfica, su impacto y alcance), como lo son el conflicto directo con comunidades indígenas o indirecto (problemas con cristianos viejos, por ejemplo). Así, a partir de un conocimiento de la vida espacial en las misiones llaneras, es posible comprender aspectos vitales del modelo de desarrollo evangelizador jesuita en el Nuevo Reino de Granada.

La estructura del presente trabajo será la siguiente: en primer lugar, se definirán y pulirán ciertas nociones, como los Llanos y el concepto de espacio manejado en este trabajo. De igual forma, se limitarán cuestiones de temporalidad y espacialidad y se justificará brevemente este trabajo. Posteriormente, se entrará de lleno en la argumentación desde las diferentes voces en provincia y fuera de ella, observando tanto las sociabilidades internas como externas de los misioneros, teniendo en cuenta una óptica espacial. Se utilizarán casos generales, como memorias y crónicas, y un par de casos puntuales sobre los primeros jesuitas en las misiones, con el propósito de conocer someramente la vida en las misiones llaneras y también observar el pensamiento jesuita en la praxis. También se discutirá brevemente el concepto de utopía jesuita y se abordará aspectos espaciales de la hacienda más importante que tuvieron los jesuitas en el territorio.

II. ALGUNAS PRECISIONES

El río Orinoco es uno de los más extensos de Sudamérica, con más de 2.000 kilómetros de longitud. Parte de su afluente funciona como frontera natural entre Colombia y Venezuela, formando una gran llanura que se extiende entre los dos países. En el caso de Colombia, los límites de sus llanos son: oriente, río Orinoco y frontera con Venezuela; occidente, cordillera de los Andes (oriental); norte, frontera con Venezuela; sur, río Guaviare, donde comienza la Amazonía colombiana. Así, el presente trabajo se centrará únicamente en el actual territorio de Colombia, si bien las misiones se expandieron a las llanuras venezolanas también⁵, pues el estudio de ambos casos es muy extenso. Ha de aclararse que actualmente la historiografía colombiana y venezolana divide las misiones en tres: Casanare, Meta y Orinoco, siendo esta última de la jurisdicción caraqueña. Sin

² DEL REY FAJARDO, José, “La presencia científica de la Universidad Javeriana en la Orinoquia 1625-1767”, *Theologica Xaveriana*, Núm. 103 (1992), pp. 331-332.

³ *Ibidem*, 332.

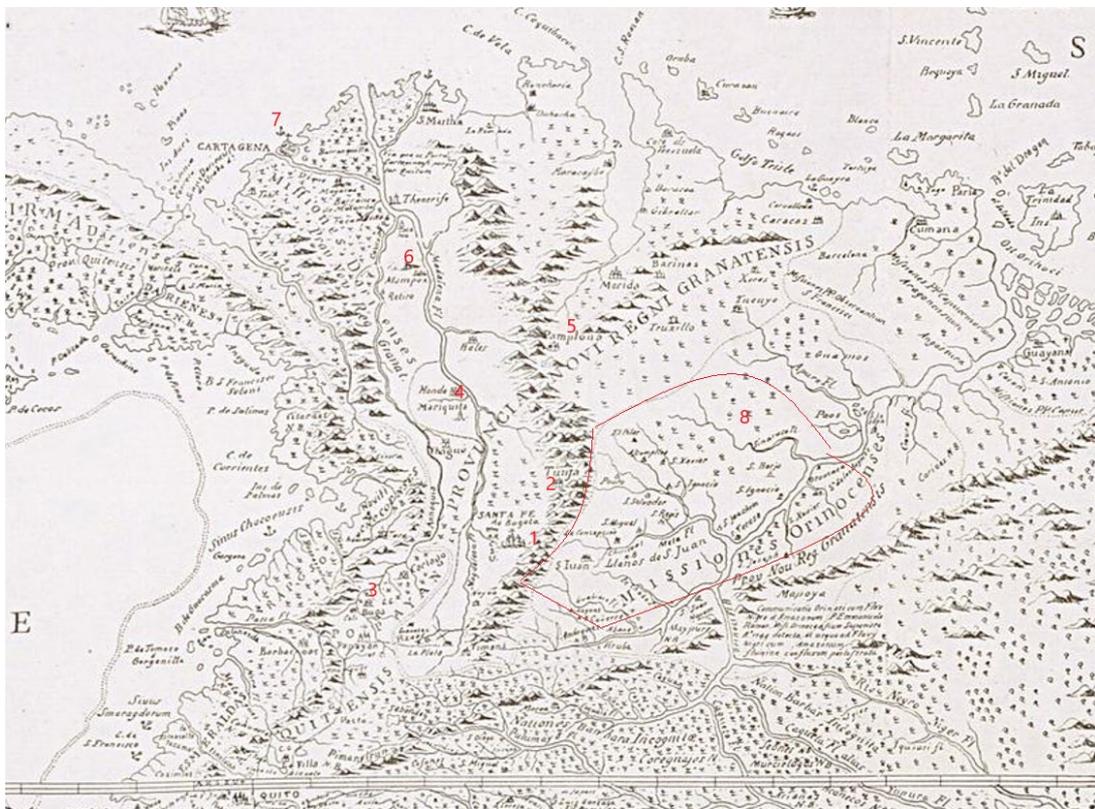
⁴ CUERVO, Antonio, *Colección de documentos inéditos* t. III. Bogotá, 1894, p. 125.

⁵ Véase de del Rey Fajardo, José, *Biobibliografía de los jesuitas en la Venezuela colonial* (1974); *Misiones jesuíticas en la Orinoquia* (1977); *Los jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas* (1981).

embargo, no fue hasta 1716 cuando se puede hablar propiamente de dicha división; estas se edificaron y unificaron primordialmente con la llegada del padre José Gumilla S. J.⁶ Por ello, nos centraremos en el caso del Casanare.

La primera ola de misiones ocupó los actuales departamentos de Meta, Casanare, Arauca y Vichada. De igual forma, el pueblo indígena más grande en la zona lo constituye la familia Sikuaní (guahibos), que actualmente cuenta con una cifra cercana a los 20.000 auto reconocidos⁷. Podemos ver en el mapa 1 las ubicaciones y diferentes localizaciones de las naciones y territorios de la Compañía y los principales puertos y ciudades de la época. Se puede destacar la zona de Pauto, que es donde se centra la mayoría de los relatos empleados en este texto, además de las distintas cruces que representan las misiones.

Mapa 1. Misiones de la Compañía de Jesús en la Provincia del Nuevo Reino de Granada



Fuente: *Provincia Quitensis Societatis Iesu in America cum tribus eidem finitimis, nempe: Peruana, Novi Regni Granatensis et Maragnonensis Lusitanorum Provinciis topographica exhibita* (Madrid, 1751), Archivo Histórico Nacional – Madrid (AHN), sección *Estado*, sig. 84. Contiene anotaciones realizadas por el autor: 1, Colegio Máximo; 2, Colegio y noviciado de Tunja; 3, Colegio de Buga; 4, Colegio de Honda; 5, Colegio de Pamplona; 6, Colegio de Mompós; 7, Colegio de Cartagena; y, 8, territorios de misión jesuitas.

⁶ DEL REY FAJARDO S. J., José, *Nomenclátor biográfico de los jesuitas neogranadinos (1604-1831)* t. I. Bogotá, 2020, p. 770.

⁷ MINISTERIO DE CULTURA, República de Colombia. *200 años. Cultura es Independencia: Sikuaní, entrañables defensores de su territorio*. Bogotá, 2010, p. 2.

Mapa 2. Distribución territorial misional de la Nueva Granada por órdenes religiosas

Fuente: Jane Rausch, *Una frontera de la sabana tropical, los Llanos de Colombia 1531-1831* (Bogotá: Banco de la República, 1994).

Por su parte, la importancia de este trabajo nace en lo específico de su tema. Aunque es cierto que hay trabajos sobre los jesuitas en el Orinoco, estos no centran su atención en las cuestiones de las primeras misiones (y menos desde una óptica espacial), sino en una historia general de la Provincia jesuítica. También, al explorar los distintos elementos que ocurrían en las misiones se puede comprender de mejor manera el actuar jesuita en cuestiones de evangelización, técnicas y métodos, pues es en la periferia donde aplica más lúcidamente el concepto de “utopía” jesuita⁸. Dicha utopía y la evangelización van muy de la mano, en elementos como el canto.

Hay ciertos elementos, simbólicos a lo menos, que parecen concordar entre la *Utopía* de Moro y las misiones jesuíticas: en primer lugar, la noción de isla, de algo aislado, una comunidad pacífica y lejana; segundo, la propiedad y el trabajo comunal; tercero, la supuesta felicidad que llevarían estos dos componentes. Pese a que la utopía jesuita es un tema muy extenso, *grosso modo* podemos decir que dicho modelo no se cumplió ni siquiera en las misiones exitosas como las del Paraguay, pues en muchas ocasiones los indígenas acudían a las misiones no por la devoción cristiana, sino porque las alternativas, fuera de ellas, eran más difíciles⁹. Asimismo, los componentes planteados en la *Utopía*

⁸ El trabajo podría tener como debate interno la noción de utopía jesuita, cuestionándose sobre si las misiones fueron una suerte de utopía o algo más de corte paternalista, por cuestiones de espacio no será posible dar dicha discusión. Aun así, si es cierto que el pensamiento de algunos espacios de la América española como una segunda oportunidad para tener un espacio libre, fraternal e igualitario son vistos en algunas de las acciones de la Compañía.

⁹ KLAIBER S. J., Jeffrey, “Las misiones jesuíticas: ¿utopías posibles o enclaves paternalistas?”, en *Los rostros de la tierra encantada: Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.*, Lima, 2013, p. 303.

de Moro, como la libertad y la igualdad nada tenían que ver con las misiones, como veremos más adelante. Los jesuitas fallaron en ser un eslabón entre españoles e indígenas, pues al mantener un hermetismo y régimen estricto de actividades, se cohibió al indígena para interactuar libremente con comunidades exógenas sin la tutela jesuita¹⁰.

Por ello, se prefiere trabajar con el término “modelos de evangelización” que con “utopía jesuita”, pues este último resulta demasiado conflictivo y más aún en misiones no tan “exitosas” como lo fueron las neogranadinas. De igual forma, se presenta una periodización corta pues se pretende conocer aspectos específicos de los distintos misioneros que ocuparon el oriente neogranadino, siendo 1659 cuando llegaron los primeros (de forma sistemática) y 1670 cuando los misioneros iniciales comenzaron a morir y al territorio llegaron nuevas olas de padres los cuales buscaron nuevos rumbos de expansión¹¹.

Como teoría espacial, emplearemos la planteada por Henri Lefebvre, al considerar que el espacio (social) es una producción (social)¹². Del planteamiento teórico de Lefebvre podemos sacar dos aportes principales para nuestra investigación: la idea de que, si bien el espacio social produce, también constriñe, funciona como una herramienta de control y de poder¹³. Asimismo, podemos ver que el espacio social también asigna lugares apropiados para las diferentes sociabilidades. A través del texto se usará dicha teoría para comprender diferentes aspectos de la vida, la estructuración de las misiones y el conflicto, esto en aras de analizar la evangelización desde su espacio.

Dentro del modelo evangelizador jesuita para los Llanos orientales podemos incluir todos los aspectos que utilizaron para culturizar y llevar por el camino de Dios a los indígenas. Esto incluye aspectos tanto directos, como el aprendizaje de las lenguas nativas, las actividades religiosas, vida en policía y la erección de templos; y, asimismo, otros elementos indirectos, como las misiones en sí, es decir las formas de subsistencia, las haciendas, etc. A partir de las cotidianidades en las misiones podemos ver la construcción y desarrollo de dichos modelos.

En la historiografía hispanoamericana se ha prestado mucha atención a la acción de los jesuitas. Dentro de esta línea de investigación las diferentes misiones que establecieron los ignacianos en el mundo colonial toman un lugar privilegiado. Para el caso de la Nueva Granada, uno de los autores que más han aportado a este campo es el sacerdote jesuita hispano-venezolano José del Rey Fajardo. El núcleo central de su obra se centra en la vida e ilustración en las misiones del Orinoco¹⁴. La obra del padre del Rey no se limita únicamente a la región de los Llanos, y se extiende al estudio de las

¹⁰ WHIGMAN, Thomas, “Paraguay’s pueblos de indios: Echoes of a Missionary Past”, en *The New Latin America Mission History*. Nebraska, 1995, p. 167.

¹¹ DEL REY FAJARDO S. J., José, *Nomenclátor biográfico de los jesuitas neogranadinos (1604-1831)*, t. II. Bogotá, 2020, pp. 138, 192.

¹² LEFEBVRE, Henri, “The production of space”, en GIESEKING, Jack y MANGOLD, William (eds.), *The People, Place and Space Reader*, 2014, p. 289.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ DEL REY FAJARDO S. J., José, *Historia y crónica orinoquense*, 3 tt., Bogotá, 2017. Véase otras de sus obras dentro de esta misma línea de estudio: “Misiones jesuíticas de La Orinoquia: Entre la ilustración y la modernidad”, *Estudios Eclesiásticos. Revista de investigación e información teológica y canónica*, Núm.308, 2004, pp. 97-128; y *Una utopía sofocada: Reducciones jesuíticas en la Orinoquia*. Caracas, 1998.

actividades jesuíticas en ciudades como Tunja¹⁵ u Honda¹⁶, entre otras. Una de las características principales de estas obras es su alto nivel de erudición, pues cuentan con una robusta base de fuentes que sustentan la información. Sin embargo, la obra del padre del Rey puede caer en un ensalzamiento de la labor jesuita en el territorio, abordándolos como meros agentes de “desarrollo” en el territorio. Una crítica similar se le puede hacer a los trabajos del sacerdote jesuita Jorge Enrique Salcedo, quien ha trabajado también el tema de las misiones en la Orinoquía¹⁷.

Varios autores laicos también se han preocupado por el tema en general de las misiones jesuíticas neogranadinas. Entre ellos, destaca la obra del abogado e historiador Andrés Castro Roldán, quien realizó una tesis doctoral sobre los discursos implementados por los jesuitas en las misiones del Casanare¹⁸. Por su parte, José Eduardo Rueda ha centrado su atención en las actividades políticas y económicas de los jesuitas en la misma región¹⁹.

De igual forma, el tema misional jesuítico ha recibido mucha atención en el ámbito general de Hispanoamérica. En el caso novohispano, el historiador austriaco Bernd Hausberger se ha preocupado por las cuestiones de la vida cotidiana dentro de las misiones, evaluando aspectos como la diversión²⁰. Otro de los autores más prolíficos en el área, pero para el caso de las misiones del Paraguay es Norberto Levinton, quien se ha preocupado por las diferentes experiencias para el “utópico” caso paraguayo, dando importancia a la retórica y a la evangelización como objetos importantes en la vida misional jesuítica²¹. Muchos otros autores han realizado investigaciones en torno a esta temática, como Robert Jackson, Oreste Popescu y Ramón Gutiérrez, entre otros.

Así, el aporte de esta investigación se halla más en el enfoque, pues una óptica espacial puede aportar nuevas discusiones a la historiografía sobre las misiones neogranadinas. Se propone ver el espacio como un agente externo que tuvo incidencia en las formas de vida misionales jesuíticas. He aquí la novedad del proyecto.

¹⁵ DEL REY, José, *Educadores, acetos y empresarios: los jesuitas en la Tunja colonial (1611-1767)* t. I. Bogotá, 2010.

¹⁶ DEL REY, José, *Los jesuitas en Honda, 1634-1767*, t. I. Bogotá, 2017.

¹⁷ SALCEDO S. J., Jorge Enrique, “Las misiones jesuitas en Colombia: las regiones de Casanare y Meta durante los siglos XVII y XVIII”, en: NEGRO, Sandra; MARZAL, Manuel (coords.), *Un reino en la frontera: las misiones jesuitas en la América colonial*, Quito, 2000, pp. 149-175.

¹⁸ CASTRO ROLDÁN, Andrés. *Discours et pratiques Jésuites en Nouvelle Grenade: Les missionnaires du Casanare, Meta et Orénoque [1624-1767]* (Tesis de doctorado, Universidad de París III, 2009).

¹⁹ RUEDA, José Eduardo, *Campos de Dios y campos del hombre*, Bogotá, 2018. En la misma línea: “El complejo económico-administrativo de las antiguas haciendas jesuítas del Casanare”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Núm.20 (1989), pp. 3-15.

²⁰ HAUSBERGER, Bernd, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, *Estudios de Historia Novohispana*, Núm.17, 1997, pp. 63-106. También: HAUSBERGER, Bernd, “Vida cotidiana en las misiones jesuítas en el noroeste de México”, en *Iberoamericana*, Núm. 5 (2002), pp. 121-136.

²¹ Cf. LEVINTON, Norberto, *La arquitectura jesuítico-guaraní: una experiencia de interacción cultural*, Buenos Aires, 2008; LEVINTON, Norberto, “La influencia de la retórica clásica en la arquitectura misional”, *Épocas: revista de la escuela de historia*, Núm.1 (2007), pp. 9-25; LEVINTON, Norberto, “Las transformaciones de las viviendas indígenas debidas a la acción evangelizadora de la Compañía de Jesús”, en TERUEL, Ana; JEREZ, Omar (eds.), *Pasado y presente de un mundo postergado: estudios de antropología del Chaco y Pedemonte Surandino*. Jujuy, 1998, pp. 133-172; LEVINTON, Norberto, “Vivienda y vida privada: la transformación de los conceptos por la acción evangelizadora de la Compañía de Jesús (Provincia jesuítica de Paraguay 1604-1767)”, *Hispania Sacra*, Núm. 49 (1977), pp. 171-188.

III. LA VIDA EN LAS MISIONES LLANERAS: RELIGIÓN Y ESPACIO²²

La vida en Los Llanos, incluso en algunas partes hoy en día, es aún muy rudimentaria. En el siglo XVII, aquellas tierras no aportaban de forma significativa metales a las arcas de la Corona. En contraparte, la moneda de aquella zona eran las camisas de lana, mantas, cuchillos y la miel negra. Los encomenderos sacaban provecho de los indígenas al hacerlos tejer calcetas, lienzos y otros productos. Los españoles podían tratarlos casi como esclavos, pues los nativos no presentaban resistencia alguna, salvo esconderse en los arcabucos²³. Así, los primeros misioneros llegaron a una tierra que había sido fuertemente regida por encomenderos desde casi la llegada de los primeros conquistadores a la zona, en 1544. Uno de los argumentos que promulgaban los encomenderos con respecto a los indígenas radicaba en una falta de “dignidad” para recibir la comunión²⁴, por lo que los encomenderos justificaban su actuación basándose en la infidelidad de los indios. En contraste, las primeras impresiones de los padres de la Compañía insistían en la aptitud y disponibilidad de los indígenas con respecto a la participación cofradías y congregaciones²⁵.

Una primera parte de la historia data de 1624, cuando, en efecto, llegaron las primeras misiones ignacianas al territorio llanero impulsadas por el arzobispo Hernando Arias de Ugarte. Sin embargo, al llegar hubo una fuerte pugna con los encomenderos, comerciantes y el clero diocesano, pues los jesuitas promovieron una protección por los nativos²⁶. Así, para 1628, el nuevo arzobispo, Julián de Cortázar, les pidió a los padres jesuitas que se retiraran. No más de 30 años después, en 1659, retornaron los religiosos a los Llanos orientales, en esta ocasión realizando tajantes divisiones entre territorios para cada orden religiosa, con la promesa de no predicar en el espacio de una orden diferente²⁷ (ver mapa 2).

Ahora bien, durante el extenso retiro por parte de los padres no significó una pasividad y desconexión respecto al espacio llanero, pues durante dichas décadas realizaron varias actividades complementarias en las zonas circundantes. Por ejemplo, en el año de 1642, ejecutaron la erección de la capilla en el pueblo de Tópaga (cercano al piedemonte llanero), el cual fue una permuta realiza con el pueblo de Duitama²⁸. En Tópaga los

²² Aunque no es pretensión de este trabajo, es menester entender brevemente el aspecto de la comunicación. Como en muchos otros espacios geográficos, y desde la famosa conquista de Cortés, el lenguaje fue un elemento central en el desarrollo de la evangelización y la conquista. Para el caso jesuita en los Llanos, suscitaba un complejo problema el lenguaje, pues eran muchos y, además, dentro de mismas naciones se encontraban dialectos que no todos entendían entre sí. Los padres jesuitas aprendieron las lenguas nativas para una posterior enseñanza de la liturgia en español y los versos en latín. Las primeras pautas en las misiones se dejaron desde 1628, encargando al antiguo método de la enseñanza a los indígenas más jóvenes (y hábiles) para una evangelización a los demás. Sobre el tema, véase: GILIJ, Felipe Salvador, *Ensayo de historia americana*, tomo III: *de la religión y de las lenguas orinoquenses y de los otros americanos*. Caracas, 1955.

²³ “Misiones jesuitas en los Llanos”, Santafé, 1628, Archivo General de la Nación – Colombia (AGN), sección Colonia, fondo *Miscelánea*, leg. 110, f. 90r.

²⁴ DEL REY S. J., José y GUTIÉRREZ S. J., Alberto (eds.), *Cartas Anuas de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, 1638-1660*. Bogotá, 2014, p. 204.

²⁵ *Ibidem*, 207.

²⁶ SALCEDO, J. E., *Opus cit.*, p. 99.

²⁷ *Ibidem*

²⁸ MERCADO S. J., Pedro de, *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús t. I* Bogotá, 1955 (1683), p. 402.

jesuitas hallaron un excelente nudo geográfico, pues la ubicación física de este pueblo les permitía promover la doctrina desde el frente occidental (valle de Sogamoso) y el oriental (Llanos), sin estar directamente inmiscuidos en el espacio llanero. Posteriormente, para principios de la década de 1660, permutaron el pueblo de Tópaga por el pueblo de Manare o Pauto²⁹, no sin antes dejar en la capilla doctrinera de Tópaga una de las mejores muestras de bienes suntuarios y arquitectura colonial neogranadina. Es de destacar que el deseo por parte del arzobispado por contar con ñinguistas en tierras de misión no se dio de manera tajante en 1659, sino que se fue perfilando desde el arzobispado, en 1636, de fray Cristóbal de Torres, el cual reconoció el talento por parte de los ignacianos con respecto a las lenguas indígenas y les encomendó algunas importantes misiones circulares (o populares)³⁰. El plan consistía en que se aprendiese lo básico de la lengua indígena en seis meses, para poder llevar a cabo aspectos vitales de la doctrina, como las confesiones³¹.

En esta nueva inmersión llanera, los jesuitas, remitiéndose a su historia pasada de conflicto directo con otros blancos, deciden explorar territorios con el mínimo contacto europeo. Esto responde a la necesidad de la Compañía de encontrar comunidades prístinas con las cuales trabajar, además de aquellas naciones que se vieron obligadas a refugiarse en los espacios más recónditos de los Llanos para escapar de la difícil vida de servidumbre española³².

Las partes interesadas en esta pugna alegaban algo que nos compete, pues fue un problema constante durante las estadias jesuitas en los distintos espacios que habitaban como colegios, misiones, etc., y es el hecho, por parte de los jesuitas, de hacer negocio con y a partir de los indígenas. En 1628 y hasta en la década de 1760 encontramos folios donde se presentan acusaciones similares. Esto es importante de comprenderlo pues aluza problemáticas de diferente índole respecto a los ignacianos, como las ocurridas con los preladados locales, hecho que termina compitiendo directamente a las misiones y sus diversas intenciones. La primera ola de acusaciones se basaba en que “personas movidas por la pasión o interés, con poco temor de Dios, han dicho que los padres que están en estas doctrinas [Casanare] han tenido granjerías con sus feligreses”³³. Los padres, en su protección, presentaron su defensa a partir de vecinos españoles que aseguraban que los jesuitas enseñaban y promulgaban la sagrada comunión, los sacramentos, y demás ejercicios de cristiandad, además de contar con padres con el conocimiento de lengua nativa, haciendo más cercana la relación con la comunidad y, asimismo, tomando de manera efectiva las confesiones de los indígenas³⁴. Por su parte, al final las labores jesuitas en la América colonial (1767), encontramos testimonios con acusaciones similares. Un fiscal de caso frente a los bienes que podrían considerarse personales de los jesuitas (como una chocolatera, o los libros) los acusa de que los regulares no tenían conexión alguna con sus doctrinas ni con sus iglesias, siendo la realidad de sus menesteres

²⁹ *Ibidem*, p. 415.

³⁰ DEL REY FAJARDO, José, *Educadores, ascetas y empresarios: los jesuitas en la Tunja colonial (1611-1767) t. I*, Bogotá, 2010, p. 108.

³¹ MERCADO, P., *Opus cit.*, p. 411.

³² RIVERO, Juan, *Historia de las misiones del llano de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá, 1883 (1736), p. 16.

³³ “Misiones jesuitas en los Llanos”, Santafé, 1628, AGN, sección Colonia, fondo *Miscelánea*, leg. 110, fol. 93r.

³⁴ *Ibidem*, fol. 91r.

el fomento de hatos para cría de ganado, teniendo como pretexto la subsistencia y permanencia de las misiones, alejándose sin medida de la espiritualidad y propósito con los indios³⁵. Así, el caso neogranadino no es la excepción al robusto sistema de la hacienda, pues hubo en dicho virreinato aproximadamente 100, contabilizadas en su balance de 1767³⁶. Lo interesante es que el modelo de evangelización jesuita se basaba en un modelo, valga la redundancia, de haciendas. Tanto las misiones como los colegios en las capitales si bien subsistían de las buenas gestiones de sus procuradores y rectores, estaban estrechamente ligados a toda su comunidad en general³⁷.

Asimismo, estas acusaciones presentan una imagen muy poderosa de los ignacianos. Si bien el presente no pretende abordar de manera exhaustiva dicha problemática, es importante tenerla en cuenta para comprender las situaciones en las que se daban las misiones y las distintas sociabilidades de los indígenas; además de ser útil para visibilizar que las misiones también incluían elementos externos a lo religioso y alusivo a la evangelización.

Así, el fenómeno de las haciendas es vital para una comprensión de la vida en las misiones pues éstas eran tanto el motor económico de las actividades evangélicas como también desempeñaban cotidianidades propias para comprender modelos evangélicos, pues en ella funcionaban talleres de hilandería, herrería y otros oficios que insertaban al nativo en los modos de vida españoles³⁸. La vida en policía y la dejación de una vida “salvaje” por medio de un trabajo racionado, planteado en su *Ratio Studiorum*³⁹, es uno de los elementos que encajan dentro del modelo de evangelización. El espacio toma importancia en esta configuración, pues la evangelización jesuita se basaba en el complejo sistema hacienda-misión-colegio, constituyendo tanto varios espacios como un solo espacio general a la vez.

Retomando, los primeros misioneros (de la “segunda” misión) se aventuraron a los inhóspitos territorios llaneros en 1659, realizando únicamente un corto viaje de reconocimiento. Dejaron el precedente y la pauta para el establecimiento propiamente en 1661. Las primeras descripciones que realizaron, además de la topografía, fauna y flora fueron las de las naciones indígenas que habitaban la zona. Morcotes, Tunebos, Chitas y otros pueblos sumaban más de seis mil⁴⁰ personas con una alta diversidad de lenguas, haciendo complejo su adoctrinamiento; sin embargo, eran gentes en su mayoría humildes,

³⁵ “Testimonio de las diligencias relativas a los bienes propios de los Jesuitas, secuestrados en los pueblos de Casanare, trasladados a la hacienda de Caribabare y entregados a su administrador don Joseph Daza”, Santafé, 1768, AGN, sección Colonia, fondo *Temporalidades*, leg. 7, fol. 947r.

³⁶ COLMENARES, Germán, *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, 1969, p. 88.

³⁷ *Ibidem*, p. 90.

³⁸ GUTIÉRREZ S. J., Alberto, “La Compañía de Jesús en Colombia durante la época colonial desde 1604 hasta 1767. Ignacio de Loyola e Hispanoamérica”, en *Destierros, incertidumbres y establecimientos: trayectoria y recorrido de la Compañía de Jesús (1604-2000)*. Bogotá, 2012, p. 22.

³⁹ La *Ratio Studiorum*, que traduce como plan o método de estudio, fue un modelo educativo implantado durante el provincialato del padre Claudio Acquaviva, el cual consistía en un uso racional del tiempo y en la definición de roles muy específicos a cada uno de los agentes de la Compañía. Sobre el tema, véase: DEL REY FAJARDO, José, “La implantación del Ratio Studiorum en la Provincia del Nuevo Reino de Granada”, *Revista Portuguesa de Filosofía*, Núm. 3 (1999), pp. 275–317.

⁴⁰ Naturalmente, el número fue creciendo conforme se fueron descubriendo nuevas naciones.

mansos y con disposición a recibir la fe sin alboroto ni hostilidades⁴¹, según su propia descripción.

Es interesante un fenómeno, y fue que durante el camino hacia el Casanare los sacerdotes jesuitas, padres Francisco Jimeno y Francisco Álvarez (español y criollo respectivamente) fueron predicando y confesando por el camino⁴². Las dificultades cotidianas de un viaje tan extenuante, como la pérdida por las lluvias de las mulas, causó que se toparan con indígenas adultos, que si bien cristianos no habían recibido la Sagrada Eucarística. Viendo aquello, antes de llegar a su objetivo, se quedaron un par de días para realizar los diversos bautizos —y su preparación—, dadas en del pie de monte llanero. Es propicio anotar otro fenómeno, y es el aparente fervor y emoción con que eran recibido por los mismos indígenas de la zona, aprovechando la ocasión para ser confesados y participar en demás ritos. Aquello se debió a las misiones de la década de 1620, pues los más ancianos las recordaban y cuentan que desde aquellos años no comulgaban ni se confesaban. Así, los nuevos misioneros aprovecharon para dichos menesteres y preparar y bautizar a los más jóvenes⁴³. Para hacerse una idea de los órdenes de magnitud, se ha de agregar que las misiones, al ser reconocidas por la Junta de Temporalidades en 1767, distaban de Santafé 100 leguas para las de Casanare y Meta (es decir, las que nos competen en este artículo) y más de 240 la del Orinoco⁴⁴. Si se considera que para la región y año una legua común equivalía a 5000 varas castellanas⁴⁵, esto significa que la misión del Casanare distaba en poco más de 400 kilómetros de Santafé, un recorrido enorme para la época. Esto demuestra el amplio espacio de operación jesuita en aras de lograr la misión *Ad maiorem Dei gloriam*.

Retomando, los dos padres arribaron, con el auspicio del encomendero de la zona, al territorio actualmente cercano a la capital del departamento del Casanare, Yopal. Allí fueron bien recibidos, pues tanto el trabajo de los encomenderos como de la misión de 1628 habían sentado en la población. Para comprender mejor la vida en las misiones es menester remitirnos al centro de operaciones de las misiones llaneras, el pueblo de Tópaga, inicialmente —pues luego lo fue Manare—. Situado cerca de los 3000 MNSM, fue una importante puerta de entrada a los Llanos. Geográficamente no hace parte de nuestro estudio, pero social y culturalmente sí. Allí, debido al trabajo conjunto entre encomenderos y jesuitas se logró establecer una iglesia con todos los objetos para desarrollar la fe. Podemos observar dos elementos centrales: el espacio como herramienta para la instrucción y la construcción misma del espacio. Los indígenas tenían una buena inclinación hacia las labores manuales que, a la postre, funcionarían también para satisfacer el *Ratio Studiorum*, destinando los trabajos religiosos, como mantas y esculturas tanto a la iglesia como a las viviendas⁴⁶. El culto estaba tan bien dotado como una iglesia europea, como su coro, retablos dorados, lámparas de plata, etc., y aunado a aquello, el espacio propició el cultivo de las altas destrezas del canto por parte de los

⁴¹ Rivero, J., *Opus cit.*, p. 54.

⁴² PACHECO, Juan Manuel, *Los Jesuitas en Colombia, tomo II*, Bogotá, 1962, p. 349.

⁴³ *Ibidem*, p. 350.

⁴⁴ “Noticia individual de los fondos y cargas del Colegio Máximo”, (Santa Fe, 1767), AGN, sección Colonia, fondo *Temporalidades*, leg. 25, fol. 812r.

⁴⁵ PÁEZ COURVEL, Luis, *Historia de las medidas agrarias antiguas*. Bogotá, 1940, p. 160.

⁴⁶ GILIJ S. J., Felipe, *Ensayo de historia americana. Tomos I, II y III*, Bogotá, 1955 (1782), p. 249.

indígenas, empleadas en los días de práctica⁴⁷. Así, la constitución de habilidades cotidianas en los indígenas a partir del espacio funcionó de una doble manera, tanto como instrumento de control físico y mental, como también la construcción misma del espacio de las sociabilidades. El pueblo de Tópaga, y posteriormente el de Manare, serviría para muchos vecinos y reducciones aledañas.

Volviendo a los observadores de 1659, aquellos regresaron a Santafé en 1661, no sin antes evangelizar a otros grupos indígenas de la zona que se toparon camino de regreso. Es interesante un caso, donde se encontraron con un grupo de comerciantes de sal nativos, el cual no pasaba de media docena. Jimeno y Álvarez les convencieron de reunir a toda su comunidad; al final de la jornada habían bautizado a 39 individuos, con la promesa de que fundarían un pueblo en la zona⁴⁸. Aquella no es la única anécdota de este tipo por las cuales pasaron los padres, de nuevo el espacio se presenta como un componente de la evangelización al irse configurando las “reducciones” alrededor de los caminos principales de la región, como punto de confluencia Tópaga.

Entre 1661 y 1664 comenzaron los primeros establecimientos propiamente⁴⁹. La figura principal de esta época es el jesuita francés Monteverde, pues fue el primer procurador de la misión⁵⁰. Acompañado de otros dos jesuitas, se dispusieron a ir a la zona norte del actual departamento de Casanare. En una historia posterior, de 1736, el padre Rivero agrega que:

Ya presumía el demonio desde entonces la guerra que le venían a hacer tan valientes soldados, y por esta causa, y para prevenir como astuto los ánimos de los gentiles contra los que pretendían su bien, previno su artillería de antemano, avisando por medio de sus hechiceros y ministros a los demás gentiles que no creyesen a los padres. [...] entre los Tunebos y Tame hay una gran laguna, Cátedra en este tiempo de Satanás, en donde se les aparecía a los Petates en forma de una horrible serpiente [...] como de Oráculo, recibían respuestas y consejos los indios”⁵¹.

Lo siguiente demuestra varias cosas. En primer lugar, la coerción de la fe pasada fue insuficiente, pues los indígenas mantenían sus prácticas ancestrales; en segundo lugar, el espacio vuelve a tomar relevancia como un agente de construcción, al cimentarse dichos rituales alrededor de la laguna. A la llegada de los padres, aquellos interrogaron (“con amor”) a algunos indígenas sobre aquel demoniaco suceso y les hablaron de la perdición que les esperaba si seguían por el camino de Satanás.

La misión se encontraría con una organización nada alentadora, pues en el caso particular de una de las misiones, de los aproximadamente 450 individuos del pueblo Achagua que originalmente dataron los padres Jimeno y Álvarez, había ahora 60 o 70⁵². Siendo así, el padre Juan Fernández, uno de los tres misioneros de Monteverde, procuró volver a reunir a los indígenas que se habían refugiado en la maleza. El espacio vuelve a constreñir a organización evangelizadora, pues los indígenas se encontraban triplemente agobiados.

⁴⁷ CASSANI, J., *Opus cit.*, p. 79.

⁴⁸ PACHECO, J., *Opus cit.*, p. 351.

⁴⁹ Si bien hubo pueblos que se fundaron desde la década de 1620, no contaron con la continuidad que sí hubo a partir de 1661.

⁵⁰ SALCEDO, J., *Opus cit.*, p. 100.

⁵¹ RIVERO, J., *Opus cit.*, p. 98.

⁵² *Ibidem*, p. 101.

Primero, les era difícil de por sí dejar sus tierras para resguardarse en las misiones, teniendo otras dos coacciones espaciales: los ataques del pueblo indígena rival y las duras condiciones de los encomenderos. Así, era complejo tanto para los indígenas como para el misionero las cuestiones de evangelización y espacio, porque la reducción de diferentes naciones en un único lugar generó enfrentamientos entre sí.

Las misiones se dividieron en cuatro: el padre Fernández se encargaría de los tunebos; el padre Cano, sería conferido a Pauto; el padre Monteverde a Tame; y, el padre Neira, a San Salvador de Casanare⁵³. De igual forma, la de Tame correspondería a los Giraras; la de Pauto, a Tunebos; y, el de San Salvador, a Achaguas⁵⁴. La erección de los templos funcionaría como una suerte de panóptico, pues los pueblos se construían a partir de ellos y tenían éstos un lugar privilegiado dentro de las plazas de las reducciones, estando exenta, pero al lado la casa del misionero. Dichas construcciones se constituían como el centro jerárquico, espiritual y material de los pueblos de indígenas⁵⁵. Para el caso específico de las misiones estudiadas, destacan dos templos: Nuestra Señora de Tame (1661) y Pauto (1661). Aquellos tenían una peculiaridad frente a los templos posteriores y/o de otras misiones, pues contaban con una sacristía colateral; aquel espacio fragmentado se dividía en dos, ubicados al lado del altar mayor y con puertas de fácil acceso para el presbítero⁵⁶.

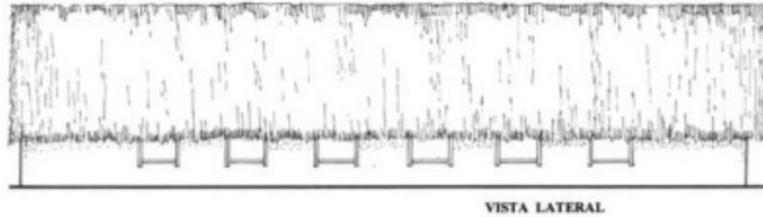
De igual forma, podríamos considerar que, en comparación con las exploraciones y recibimientos de los padres en 1659, los nuevos misioneros no tuvieron tan buena acogida. Veamos algunas anécdotas, a partir del ya mencionado templo de Tame. Podemos inferir que contaba con un tamaño bastante considerable, pues se constituía a partir de 20 ventanas. Otras de sus características —compartidas con los otros templos llaneros—, era el coro, el cual se ubicaba en el segundo nivel, con una ventana independiente que se destacaba en su fachada (ver figura 1 en la siguiente página).

⁵³ PACHECO, J., *Opus cit.*, p. 355.

⁵⁴ RIVERO, J., *Opus cit.*, p. 198.

⁵⁵ GONZÁLEZ MORA, Felipe, “Architecture of Missionary Churches of the Jesuit Missions in Casanare, Meta and Orinoco (16th, 17th and 18th centuries)”, *Apuntes: Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural - Journal of Cultural Heritage Studies*, Núm. 1 (2007), p. 37.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 38.

Figura 1. Estructura de un templo de misión jesuita en el Casanare**Figura 3:**
*Fachada del templo de la
reducción de Casimena
(1767). Interpretación
gráfica.*

Fuente: GONZÁLEZ MORA, Felipe, “Architecture of Missionary Churches of the Jesuit Missions in Casanare, Meta and Orinoco (16th, 17th and 18 th centuries)”, en *Apuntes: Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural - Journal of Cultural Heritage Studies*, Núm. 20 (1) (2007), pp. 34-49, p. 38.

La configuración espacial, como se puede observar, estaba finamente cuidada y desarrollada para una eficaz evangelización. El coro es un elemento vital, pues es primero, un espacio privilegiado, al contar con una ubicación alta y central en la iglesia; de igual forma, surge como un elemento pedagógico. A partir del canto se podía refinar tanto la lengua castellana como los elementos de liturgia, haciendo un doble trabajo en la evangelización. Sin embargo, lo llamativo es cómo a partir de las prácticas se iba condicionando culturalmente al individuo. Así como es tratado por Lefebvre, el espacio como una herramienta de poder, notamos en la constitución de las misiones una clara muestra de ello. El aprendizaje de las diversas lenguas indígenas funcionó como agente para permitir una evangelización más efectiva, al permitirles a los padres la enseñanza religiosa, pero también de valores para lograr la realización cristiana⁵⁷.

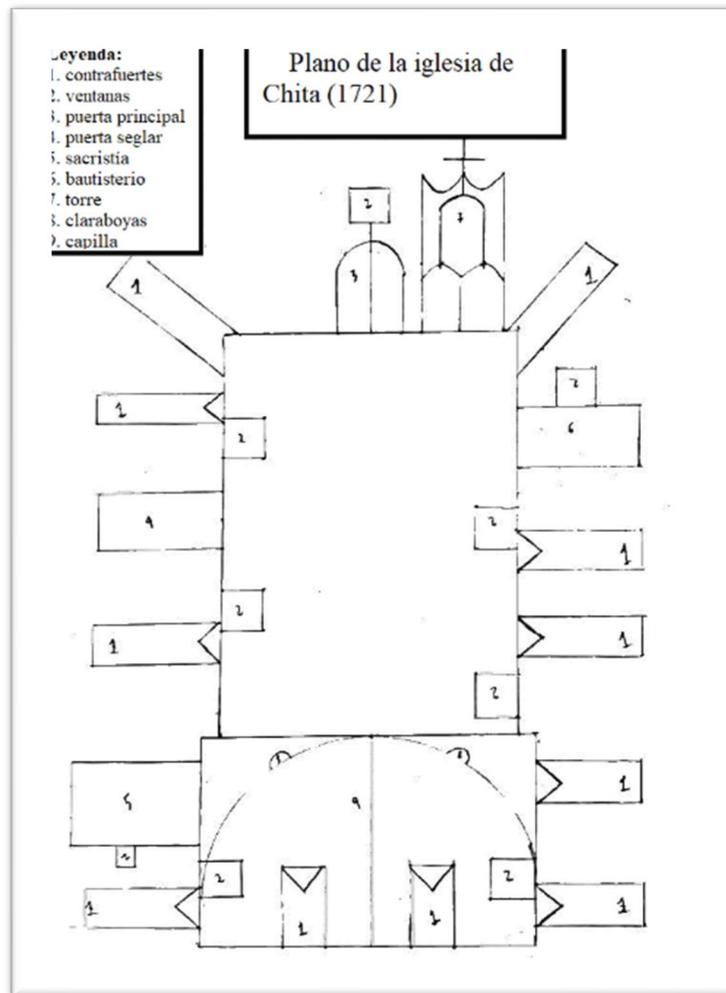
Para ahondar más en la cuestión del espacio, consideremos otro ejemplo útil. La iglesia de Chita⁵⁸, se constituía como otro de los espacios de las misiones llaneras, esta vez ubicado camino al piedemonte llanero. Lo valioso a considerar esta iglesia es que rompe con la estructura de los templos presentados anteriormente —y en general con todos los de las misiones—, pues contaba con una sacristía en posición lateral únicamente (figura

⁵⁷ SALCEDO, J., *Opus cit.*, p. 105.

⁵⁸ No se conoce mucho de la historia de la iglesia. Hubo varias reconstrucciones y mejoras. Se cree que la presentada en el plano a continuación es la versión reconstruida en 1707; no se sabe los cambios de la versión original a la llegada de los jesuitas. Sin embargo, si se sabe que, a la llegada de los agustinos, a finales de la década de 1640 y principios del 50, encontraron la iglesia a punto de caer (por un terremoto) y fue menester realizar un auto para suplicar sus mejoras. Por ello, es de esperar, que en la repartición de las tierras llaneras para cada una de las ordenes religiosas, los jesuitas encontraran la iglesia en mejores condiciones. Las diferentes —posibles— adecuaciones y/o mejoras es lo que está por estudiar. Ver: “Chita: reconstrucción iglesia”, AGN, sección Colonia, fondo *Fábrica – iglesias*, leg. 12, fol. 938r.

2). Agregándole a la colateral, se presentaban otros dos tipos comunes: transversal y compuesta⁵⁹. Veamos el plano a continuación:

Figura 2. Copia de un plano de la iglesia de Chita (escala desconocida)



Fuente: trabajo propio del autor, sobre la base del documento “Iglesia de Chita”, Archivo General de la Nación – Colombia (AGN), Santafé, 1728, sección Mapas y Planos, v.4, ref. 132^a bis.

Dentro del plano original se incluían los nombres de forma diferente y también algunas medidas. Así, para este templo especialmente, el cuerpo central media 8 tramos de 6 varas⁶⁰ de largo cada uno, es decir 40 metros (aproximadamente), de ancho 8, o sea 6,68 metros y de alto lo mismo; la capilla tenía unas medidas de 12 varas de ancho, siendo en metros diez, de ancho, $8 \frac{1}{2}$ igual a 7,1 metros, y de alto los mismos 6,68 metros⁶¹; sobre la torre no hay información. Hay varios aspectos de la espacialidad interesantes como, por ejemplo, el fácil acceso al bautisterio. Esto podría representar la importancia de este

⁵⁹ La transversal se componía básicamente de una sacristía lateral que atravesaba toda la capilla; por su parte, la compuesta era una mezcla entre colateral y transversal, era en forma de herradura. GONZALEZ, F., *Opus cit.*, p. 41.

⁶⁰ Hace referencia a las varas castellanas las cuales equivalen a 0,8359 metros. PÁEZ, L., *Opus cit.*, p. 311.

⁶¹ “Iglesia de Chita”, AGN, Santafé, 1728, sección Mapas y Planos, v.4, ref. 132^a bis.

espacio, pues es sabido que el bautismo era uno de los ejes centrales en la evangelización, y más aún en las misiones y todavía más al ser de los primeros acercamientos religiosos para muchos naturales. Asimismo, la gran dimensión de dicho templo podría ser, de nuevo, una herramienta casi que retórica. Una estructura de varios metros de alto (más lo que debe ser su torre) y de largo, debía ser una fuerte visión para un indígena que jamás había visto tales magnitudes; de igual forma, debido a sus dimensiones, se podría ver en muchas partes del pueblo y estaría más cerca de Dios, siendo como un ojo.

Por ello, la constitución de espacios como el coro, el altar mayor, la hacienda, etc., fueron efectivos instrumentos momentáneos directamente en la evangelización y de la disciplina y vida cristiana. La asignación de los espacios por parte de los sacerdotes a las distintas tareas responde a la dicha asignación del espacio a diferentes sociabilidades, construyendo y deconstruyendo la vida de los indígenas. La vida y el espacio religioso frente a los indígenas fueron logrados “al congregarse en sitios determinados, bajo pautas culturales, a las que fue pilar fundamental la iglesia, centro motor de la enseñanza y aprendizaje del cristianismo y organizadora del resto de actividades del poblado”⁶².

IV. DIFÍCIL ESTABLECIMIENTO: CONFLICTOS Y DEVENIRES EN LAS PRIMERAS MISIONES JESUÍTICAS NEOGRANADINAS

La vida en las misiones no fue fácil para ninguno. Además de ataques de indígenas, hubo otros componentes que dificultaron su desarrollo. Por ejemplo, para 1663, en el ya mencionado templo de Tame, ocurrió un incendio que consumió varios de los ornamentos de la sacristía; otra calamidad fue la peste de disentería que azotó la reducción del padre Neira, dejando al pueblo con 180 de los 450 individuos originales⁶³.

De igual forma, quizá los enemigos más certeros para las misiones eran los mismos cristianos viejos de la zona, principalmente, los encomenderos. Hay un caso interesante que es menester resaltar, pues afectó, *grosso modo*, a las tres reducciones de nuestros padres: el caso de doña Serafina de Orozco, viuda de Martín de Mendoza, supuesta encomendera de todos los Achaguas, reducidos o no⁶⁴.

El pleito comenzó en 1657, y no tuvo resolución sino hasta 1671; fue más extenso que el primer periodo de las misiones. Doña Serafina argüía específicamente la encomienda del pueblo de Pauto, sostenida por el padre Cano y pedía originalmente toda la encomienda sobre el pueblo; después, sobre los indígenas aptos para el trabajo; ulteriormente, sobre 84 de ellos⁶⁵. Finalmente, se concluyó que los indígenas de Pauto no debían pertenecer a ningún encomendero. El argumento principal es que, sin el laburo en las reducciones, a los ministros eclesiásticos apenas les alcanzaba para sus ornamentos (vino, entre ellos) y demás moderados gastos para vivir⁶⁶. Así, los pleitos con los encomenderos —pues este no fue el único para este periodo— generaron un largo y continuo conflicto frente a las misiones, siendo transversales, pues afectaban a varias reducciones, a varios padres y a varias generaciones.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ Pacheco, J., *Opus cit.*, pp. 358-9.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 360.

⁶⁵ “Pauto y Pisba: pleito por rebaja de estipendios”, Santafé, 1671, AGN, sección Colonia, fondo *Encomiendas*, leg. 26, fol. 917r.

⁶⁶ *Ibidem*, fol. 920v.

Retomando lo planteado del modelo utópico jesuita, aquel, como hemos visto, ha estado muy lejos de poder desarrollarse en estas misiones. Diferentes vicisitudes han hecho casi imposible un libre desarrollo de los componentes del pensamiento utópico jesuita, si bien sí han logrado evangelizar y mantener —por cortos periodos— reducciones de tamaño respetable. Algunos de los elementos que han hecho que no se puedan consolidar es la continua disertación, como también un conflicto con otros agentes espaciales, como encomenderos y grupos enemigos.

A los padres de la primera ola de misiones les ocurrieron otra serie de inconvenientes más complejos aún. Por ejemplo, el padre Neira se vio envuelto en un pleito que incluía al gobernador de la provincia de Santiago de las Atalayas. Aquel pretendía llevarse a los indios de Pauto a la ciudad (posiblemente a Tunja). Al oír la noticia, los indígenas se asustaron y resolvieron huir al momento; el padre Neira los tranquilizó y dijo que él no permitiría aquello⁶⁷. La resolución llegó de este modo, dicho por un funcionario real: “verdaderamente es cierto; en estas cosas hacemos nuestro negocio [sobre las encomiendas], y estos padres el de Dios”⁶⁸. Dicha conclusión se dio en 1666 y no fue fácil, pues el jesuita Neira debió entrevistarse varias veces con el gobernador de las Atalayas. Un componente espacial se presenta de nuevo en esta serie de inconvenientes con los encomenderos y otros funcionarios, pues el constreñimiento de una vida relegada a la servidumbre en los espacios de encomienda demuestra lo débil de las misiones y el débil carácter de la evangelización, pues pareciese que los indígenas estuvieran allí más por la protección ofrecida y la vida relativamente más fácil que por un convencimiento ante Dios.

Otro elemento espacial constitutivo para una evangelización fueron las haciendas, como ya se mencionó. Tomaron especial importancia, pues los Llanos son un territorio alejado del centro de poder neogranadino, con algunos elementos selváticos como su clima y enfermedades. Por ello, se ha de considerar que el espacio misional debía gozar de una autosuficiencia económica casi absoluta⁶⁹. Por tal motivo, se hizo necesario contar con un sistema de haciendas que, a partir de su interconexión, permitiesen generar un espacio óptimo de mercado e intercambio. La cabeza de todo el complejo económico de los jesuitas en el Casanare se dio con la hacienda de Caribabare, ubicada entre los actuales departamentos de Casanare y Arauca, y que constituyó la más extensa propiedad en toda la América colonial, con una extensión de 447.700 hectáreas⁷⁰.

Antes que nada, es propicio hacer una aclaración, y es que los inventarios generales que se cuentan datan de 1767-70, por lo que, naturalmente, no son los guarismos del siglo XVII, pero funcionan, de manera comparativa, para hacer una imagen. Es menester mencionar que, a 30 años de su fundación (aproximadamente a finales del siglo XVII), la hacienda de Caribabare “suscitó uno de los pleitos más sonados de todas las haciendas llaneras: [...] [acusados de] ociosidad, comercio con herejes, levantar trapiches...”⁷¹. De aquello inferimos que tenía relevancia en la zona y era magna. Así, contaba esta propiedad

⁶⁷ PACHECO, J. *Opus cit.*, p. 360.

⁶⁸ “Indios Casibanayben y Chaberreynay: pleito por título”, Santafé, 1666, AGN, sección Colonia, fondo *Encomiendas*, leg. 12, fol. 922v.

⁶⁹ RIVERO, J., *Opus cit.*, p. 199.

⁷⁰ PÉREZ, Héctor Publio, *La hacienda de Caribabare*, Villavicencio, 1997, p. 70.

⁷¹ SALCEDO, J., *Opus cit.*, p. 104.

con 13.600 reses, 26 mulas y casi 1.400 caballos⁷², observando la tabla de las haciendas jesuitas planteada por Colmenares de las haciendas en la Nueva Granada y la Audiencia de Quito, globalmente Caribabare se constituía como la tercera hacienda con mayores números. Otra particularidad de dicha hacienda es que mezclaba el ganado a gran escala y la producción azucarera, particularidad de pocas en todo el Reino⁷³.

Aun cuando la mano de obra esclava no era rentable en las zonas del altiplano para las haciendas de cereales y ganado, las haciendas llaneras no tuvieron dicho problema, pues había bastantes indígenas tanto para haciendas, como para los menesteres de la Atalaya e incluso para comerciar con ellos a través del reino⁷⁴. Lo interesante es la naturaleza de las haciendas. Pese a su primigenio carácter económico, algunos elementos de la vida cristiana se podían explotar en ellas, como virtudes del trabajo y la honra. Empero, el padre Rivero en su *Historia*, quizá en forma de autocrítica, aunque más bien en apología (irónica), narra que la expulsión (similar a la ocurrida en 1628) de 1692, ocurrió por las décadas pasadas en las que supuestamente explotaban (casi como esclavos) al indígena por la codicia del azúcar y por el fomento de las redes de reses, las cuales robaban a los nativos para el usufructo propio, descuidando totalmente la enseñanza de los feligreses a su cargo y la doctrina⁷⁵. Según Colmenares, sí es cierto que los padres ejercían un fuerte control en las misiones. Sin embargo, también es cierto que dicha autoridad —y las grandes magnitudes de las haciendas, como vimos— podían generar acusaciones maliciosas⁷⁶. Así, es complejo abordar el fenómeno de las haciendas y conocer a ciencia cierta hasta qué punto los jesuitas se aprovecharon de los indígenas y dejaron de lado la evangelización bajo el pretexto de protección, vida en policía e instrucción de valores cristianos.

La misma erección de la hacienda de Caribabare da cuenta de la importancia del espacio y su reconocimiento por parte de los jesuitas y la misma Audiencia de Santafé. Casi a la par con la llegada de la Compañía a tierras de misión se dio la fundación de esta importante hacienda, en 1661⁷⁷. Para la obtención de estas tierras los jesuitas pidieron merced a la Audiencia y fue otorgada, pues no sólo había una amplia disponibilidad, sino que la misma operación misional les permitía gozar de dichas prerrogativas⁷⁸. La vida dentro de las haciendas no se limitaba únicamente a la producción de víveres y excedentes, sino que también, como ya se mencionó, operó como un espacio para la construcción de la vida en policía frente a los nativos. Por ello, la distribución espacial dentro de una hacienda como Caribabare fue clave dentro del factor de éxito de la Compañía. Numerosas investigaciones han mostrado que las grandes haciendas ganaderas neogranadinas operaban por medio de una especialización y subspecialización de sus hatos. Mientras algunos hatos se dedicaban a la cría de burros

⁷² “Inventarios de la hacienda de Caribabare”, Santa Fe, 1767, AGN, sección Colonia, fondo *Temporalidades*, leg. 5, fols. 727r.-v.

⁷³ Asimismo, aunque se sale totalmente de nuestra temporalidad, saber que en Caribabare (1767) había cerca de 60 esclavos nos da a entender la magnitud que alcanzó a desarrollar dicha compañía llanera. Véase: Colmenares, *Opus cit.*

⁷⁴ RIVERO, J., *Opus cit.*, p. 199.

⁷⁵ COLMENARES, G., *Opus cit.*, p. 76.

⁷⁶ *Ibidem*

⁷⁷ PACHECO, J., *Opus cit.*, p. 356.

⁷⁸ COLMENARES, Germán, “La economía de los jesuitas en el virreinato de Nueva Granada”, en BAUER, Arnold (comp.), *La Iglesia en la economía de América Latina, siglos XVI al XIX*, México, 1986, p. 397.

hechores, otros lo hacían con las yeguas y en otros se daba el cruce para producir mulas⁷⁹, uno de los animales más adecuados para el trabajo en las haciendas jesuitas⁸⁰. La correcta selección de los espacios más propicios para la cría de ganado resalta el carácter vital del espacio en la constitución de las misiones jesuíticas. La pregunta que quedaría para futuras investigaciones sería: ¿qué tan rápido se dio este proceso de subespecialización y hasta qué punto potenció el accionar jesuítico de las primeras misiones?

Pese a que hubo muchos otros sucesos importantes en los años que comprenden las primeras misiones de la Compañía en el Orinoco (como el asesinato de unos caciques, accidentes y ataques de indios guahibos e incluso de Caribes que bajaban por el Orinoco desde Guyana) no podemos extendernos en todo ello, pues excede los límites de este trabajo. Brevemente hablaremos de los años posteriores de las primeras misiones.

Es menester agregar que entre 1662 y 1664 llegaron refuerzos a las misiones, dentro de estos padres frescos se encontraba un extranjero (dícese de alguien no español): el padre Mesland, figura que si bien no alcanzamos a discutir es propicio al menos mencionar. Amigo de Descartes, aquel padre estuvo en compañía de Monteverde pues fue él quien lo requirió en las misiones. Asentado originalmente en Pauto, se traslada a la reducción del padre Neira, pues dicho padre había comenzado una segunda ola expansiva⁸¹. El ignaciano Monteverde convocó a su colega, pues tenía la misión de llegar hasta Trinidad y nuevos misioneros serían menester para mantener las ya establecidas misiones.

Se embarcó así el padre Monteverde a través del río Casanare, con cuatro soldados a mediados de julio de 1669, y posteriormente arribaron al río Meta, donde funda Nuestra Señora de los Salivas, otra nación alejada la cual se ganó por medio de dádivas a sus caciques⁸². El padre, que en 1664 reemplazó a Ignacio Cano en la misión de Pauto, Antonio Castán, decide acompañar a Monteverde en su misión en el actual lejano departamento del Vichada (mapa 1). La imagen que remite Rivero sobre Castán nos lleva al espacio, pues describe la primera vista de Castán a Monteverde como “solitario”. Casi con la llegada de su colega, enfermó el padre Monteverde de gravedad, ya fuese tanto por el difícil espacio en que se encontraban como por las cargas que debía tomar y la misma soledad. Así, Castán comprendió que debía administrarle “los Sacramentos de la Iglesia, y este fué el único remedio que le pudo dar en aquellas soledades incultas, destituídas en un todo de socorros humanos”⁸³. Falleció a los 47 años, 28 en la Compañía y casi 10 en las misiones llaneras. El padre Castán no demoró en enfermar también y cayó muerto poco menos de un mes después, en enero de 1670. Conociendo el lamentable fallecimiento, se envió a dos misioneros para la reducción de Salivas: los padres Bernabé González y el ya mencionado Alonso Neira. Aquellos, pese a que duraron unos años más (hasta 1675), debieron regresar al Casanare, pues les agobiaba la enfermedad de la calentura y carecían de misioneros suficientes para todos los pueblos de la zona, dejando las reducciones en manos de encargados hasta que mejoraran las condiciones⁸⁴. Las

⁷⁹ Cf. “Testimonio de los autos de la hacienda de Doyma”, Santa Fe, 1770, AGN, sección Colonia, fondo *Miscelánea*, leg. 10, fol. 987v. y ss.

⁸⁰ GILIJ, F., *Opus cit.*, p. 305.

⁸¹ DEL REY, José, “Dionisio Mesland (1615-1672)” en *Historia y crónica orinoquense*, t. II. Bogotá, 2017, p. 212.

⁸² RIVERO, J., *Opus cit.*, p. 240.

⁸³ *Ibidem*, p. 241.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 242.

misiones en esta remota zona tuvieron aún menos éxito, pues en los años siguientes, si bien se regresó a dichos parajes, los ataques por parte de indios caribes y otras vicisitudes como el clima y la soledad hicieron difícil un establecimiento permanente. Cuestiones referidas al espacio estuvieron muy presentes en estos últimos años de la primera ola de misiones, pues aspectos como la soledad, pero especialmente el clima y lo agreste del territorio llevaron a que un establecimiento de la evangelización y los valores cristianos fuera casi imposible. Aún hoy en día viven los descendientes de los varios grupos indígenas mencionados.

Para finalizar, es interesante plantear algo que afectó en general a las misiones de los Llanos, y es el llamado de atención que alza el padre Antonio Monteverde en 1669. Explicaba en una carta a su prelado en Francia que había fuertes disputas entre los padres españoles y criollos, y también que, aun cuando el Rey de España era bien intencionado con las misiones, las autoridades locales (Audiencia) hacía lo que le daba la gana y redireccionaba a intereses propios las misiones⁸⁵. Así, el componente de evangelización se vio también en la maraña que conocemos actualmente como “burocracia”. La implementación de la vida cristiana sufrió de muchas variables que dificultaron su libre aplicación.

V. CONSIDERACIONES FINALES

Podemos considerar que, si bien los primeros acercamientos misionales se dieron en el periodo de 1624 a 1628, aquello fue más una misión de primer reconocimiento y choque, pues no hubo una continuidad. Aún así, algunas de las misiones como Pauto, Pisba, y Paya, entre otras, datan de este periodo, pero no fue sino hasta 1659 cuando se institucionalizó y se contó con un apoyo directo del presidente de la Real Audiencia, Diego de Egües. De igual forma, fue a partir de estos años cuando comenzó un establecimiento misional más fuerte y una comprensión más consolidada de las naciones de la zona, como también de una expansión más profunda.

Asimismo, podemos concluir que los primeros dos años, de 1659 a 1661 se generó un acercamiento muy positivo por parte de los padres jesuitas, pero no hubo un asentamiento como tal pues su objetivo era más de reconocimiento y descripción. Quizá la buena recepción por parte de los indígenas fue por el fugaz paso de los misioneros y por no tener una prisión espacial encima, es decir, no tenían aún un establecimiento institucionalizado y hegemónico encima que les dictara aspectos obtusos (de la vida cristiana y en policía).

De igual forma, un segundo periodo lo encontramos de 1661 a 1664, cuando se comienzan propiamente a establecer y reestablecer las tres misiones principales de la zona del Casanare. Las tres figuras principales fueron los padres Cano, Neira y el superior Monteverde. En este periodo se establecieron reducciones relativamente fuertes, con templos interesantes que constituían un espacio privilegiado en el pueblo, y a su vez funcionaban como un elemento de coacción. Sin embargo, el asentamiento fue complejo, pues había continuas deserciones.

⁸⁵ MONTEVERDE, Antonio “Carta del P. Antonio Monteverde al P. Asistente de Francia. Explica la difícil situación en que viven los jesuitas franceses en la Provincia del Nuevo Reino y la posibilidad de nuevas misiones”, en José del Rey (comp.), *Historia y crónica orinoquense*, t. III. Bogotá, 2017, p. 73.

Otro elemento que fue transversal a toda la primera ola y dificultó la evangelización fueron los encomenderos, pues había constante pugnas entre padres y supuestos dueños de encomiendas antiguas. Asimismo, los ataques de pueblos enemigos constituyeron una dificultad para una vida cristiana. Estos dos elementos, principalmente, hicieron que varios indígenas reducidos escaparan a los montes. El espacio se presenta acá como un lugar privilegiado, pues el temor es precisamente frente a dicho concepto. Los indígenas no querían ser llevados a un lugar de encomienda, y tampoco querían ser apresados por las naciones enemigas; su salvación era huir a otro espacio, el monte. Sin embargo, la figura de los padres fue un agente de protección espacial, pues lucharon por mantener a sus “hijos” protegidos de los males exteriores, tal como solucionó el padre Neira frente al Gobernador de la Atayala.

El periodo final de la primera ola se constituyó a partir de 1664 a 1670. Fue entonces cuando comenzaron a llegar nuevos refuerzos misionales, como el padre Castán, a sustituir los espacios que otrora eran de los padres originales, como en Pauto. Asimismo, fue en este periodo cuando comenzó una expansión de las misiones hacia el oriente, lugares del actual departamento del Vichada. Si bien no se mencionó en la argumentación, fue en esta época cuando el padre Monteverde viajó a Santafé e informó sobre el estado de las misiones y sugirió realizar nuevas, conociendo ya mejor la situación de la zona.

A finales de 1669 y principios de 1670 podemos considerar que terminó la primera ola, pues fue allí cuando fallece el padre más relevante de todo este periodo y, además, se alejan los padres originales de su zona de influencia, como el padre Neira. Asimismo, ya habían llegado ya muchos nuevos misioneros y hubo también un crecimiento vertiginoso de misiones que implicaron una mayor demanda tanto de recursos como de doctrineros.

De igual forma, la utopía jesuita no se cumplió, pues los elementos que la constituyen o se cumplieron de manera fragmentaria o no se efectuaron. En discusiones como el caso de las haciendas, en la cual supuestamente los padres redujeron a los indígenas a un estado de esclavitud, se podría ver todo lo contrario a dicha utopía. De igual forma, la aplicación de dicho pensamiento no ocurre debido a una continua ruptura tanto de la vida como de una fuerte implementación de la evangelización, pues como se notó a través de las líneas, los indígenas estaban en las misiones principalmente porque la vida allí podría resultar un poco más fácil y beneficiosa.

Otro elemento que fue importante es la hacienda. A partir de ella se pudo reconciliar, pues era parte central en la economía misional al hacer posible la evangelización. Asimismo, aunque fue un espacio muy controversial, funcionó como una herramienta para poner en práctica elementos y valores de la vida cristiana. La subespecialización dentro de la hacienda ganadera demuestra la importancia del espacio racionado y de su correcto uso.

En colofón, podemos observar la vida en las misiones, su constitución y desarrollo desde una óptica espacial, pues a partir de allí podemos ver que el espacio fue un elemento que condicionó en gran medida la vida en las misiones. Pese a que fue empleado como una herramienta de constricción, en lugares como el coro, también fue la configuración espacial y otros agentes los que promovieron un difícil asentamiento para las misiones, pues el clima, los ataques de otros indígenas y de los mismos cristianos viejos generaron distintas dificultades espaciales difíciles de superar.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de archivo

Archivo General de la Nación– Colombia (AGN), Bogotá – Colombia, sección República, fondo José Manuel Restrepo. *Mapas y Planos*, 4.

Archivo General de la Nación – Colombia (AGN), Bogotá – Colombia, sección Colonia.

Fondo *Miscelánea*, 10, 110.

Fondo *Encomiendas*, 12, 26.

Fondo *Temporalidades*, 5, 7, 25.

Fondo *Fábrica – iglesias*, 12.

Archivo Histórico Nacional – Madrid (AHN). Sección *Estado*, sig. 84.

Bibliografía

CASSANI S. J., Joseph, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1741.

CASTRO ROLDÁN, Andrés, *Discours et pratiques Jésuites en Nouvelle Grenade: Les missionnaires du Casanare, Meta et Orénoque [1624–1767]* (Tesis de doctorado, Universidad de París III, 2009).

COLMENARES, Germán, *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1969.

_____, “La economía de los jesuitas en el virreinato de Nueva Granada”, en BAUER, Arnold (comp.), *La Iglesia en la economía de América Latina, siglos XVI al XIX*, pp. 389-405, México, 1986.

CUERVO, Antonio, *Colección de documentos inéditos t. III*. Bogotá, 1894.

DEL REY S. J., José; GUTIÉRREZ, A. (eds.), *Cartas Anuas de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, 1638-1660*, Bogotá, 2014.

DEL REY FAJARDO S. J., José, “La presencia científica de la Universidad Javeriana en la Orinoquía 1625-1767”, *Theologica Xaveriana*, Núm. 103 (1992), pp. 331-360.

_____, *Una utopía sofocada: Reducciones jesuíticas en la Orinoquía*, Caracas, 1998.

_____, “La implantación del Ratio Studiorum en la Provincia del Nuevo Reino de Granada”, *Revista Portuguesa de Filosofía*, Núm. 3, 1999, pp. 275–317.

_____, “Misiones jesuíticas de La Orinoquia: Entre la ilustración y la modernidad”, *Estudios Eclesiásticos. Revista de investigación e información teológica y canónica*, Núm.308, 2004, pp. 97-128.

_____, *Educadores, ascetas y empresarios: los jesuitas en la Tunja colonial (1611-1767) t. I*, Bogotá, 2010.

_____, *Los jesuitas en Honda, 1634-1767*, t. I, Bogotá, 2017.

____ (comp.), “Dionisio Mesland (1615-1672)” en *Historia y crónica orinoquense*, t. II, Bogotá, 2017, pp. 167-212

____, *Historia y crónica orinoquense*, t. I, Bogotá, 2017.

____, *Historia y crónica orinoquense*, t. III, Bogotá, 2017.

____, *Nomenclátor biográfico de los jesuitas neogranadinos (1604-1831)* t. I, Bogotá, 2020.

____, *Nomenclátor biográfico de los jesuitas neogranadinos (1604-1831)* t. II, Bogotá, 2020.

GILIJ S. J., Felipe Salvador, *Ensayo de historia americana*, Bogotá, 1955 (1786).

GONZÁLEZ MORA, Felipe, “Architecture of Missionary Churches of the Jesuit Missions in Casanare, Meta and Orinoco (16th, 17th and 18th centuries)”, *Apuntes: Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural - Journal of Cultural Heritage Studies*, Núm. 1 (2007), pp. 34-49,

GUTIÉRREZ S. J., Alberto. “La Compañía de Jesús en Colombia durante la época colonial desde 1604 hasta 1767. Ignacio de Loyola e Hispanoamérica”, en *Destierros, incertidumbres y establecimientos: trayectoria y recorrido de la Compañía de Jesús (1604-2000)*, Bogotá, 2012, pp. 13-28

KLAIBER S. J., Jeffrey, “Las misiones jesuíticas: ¿utopías posibles o enclaves paternalistas?” en: *Los rostros de la tierra encantada: Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.*, Lima, 2013, pp. 297-311.

HAUSBERGER, Bernd, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, *Estudios de Historia Novohispana*, Núm.17 (1997), pp. 63-106.

____, “Vida cotidiana en las misiones jesuitas en el noroeste de México”, *Iberoamericana*, Núm. 5 (2002), pp. 121-136.

LEFEBVRE, Henri, “The production of space”, en GIESEKING, Jack y MANGOLD, William (eds.), *The People, Place and Space Reader*, Nueva York, 2014, pp. 289-325.

LEVINTON, Norberto, “Vivienda y vida privada: la transformación de los conceptos por la acción evangelizadora de la Compañía de Jesús (Provincia jesuítica de Paraguay 1604-1767)”, *Hispania Sacra*, Núm. 49 (1977), pp. 171-188.

____, “Las transformaciones de las viviendas indígenas debidas a la acción evangelizadora de la Compañía de Jesús”, en TERUEL, Ana y JEREZ, Omar, *Pasado y presente de un mundo postergado: estudios de antropología del Chaco y Pedemonte Surandino. Jujuy*, Jujuy, 1998, pp. 133-172.

____, “La influencia de la retórica clásica en la arquitectura misional”, *Épocas: revista de la escuela de historia*, Núm.1 (2007), pp. 9-25.

____, *La arquitectura jesuítico-guaraní: una experiencia de interacción cultural*, Buenos Aires, 2008.

MERCADO S. J., Pedro de, *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, t. I, Bogotá, 1957 (1683).

MINISTERIO DE CULTURA, *República de Colombia. 200 años. Cultura es Independencia: Sikuaní, entrañables defensores de su territorio*, Bogotá, 2010.

MONTEVERDE, Antonio, “Carta del P. Antonio Monteverde al P. Asistente de Francia. Explica la difícil situación en que viven los jesuitas franceses en la Provincia del Nuevo Reino y la posibilidad de nuevas misiones”, en DEL REY, José (comp.), *Historia y crónica orinoquense*, t. III, Bogotá, 2017.

PACHECO S. J., Juan Manuel, *Los Jesuitas en Colombia*, t. I, Bogotá, 1959.

_____, *Los jesuitas en Colombia*, t. II, Bogotá, 1962.

PÁEZ COURVEL, Luis, *Historia de las medidas agrarias antiguas*, Bogotá, 1940.

PÉREZ, Héctor Publio, *La hacienda de Caribabare*, Villavicencio, 1997.

RIVERO S. J., Juan, *Historia de las misiones del llano de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta*, Bogotá, 1883 (1736).

RUEDA, José Eduardo, “El complejo económico-administrativo de las antiguas haciendas jesuítas del Casanare”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Núm.20 (1989), pp. 3-15.

_____, *Campos de Dios y campos del hombre*, Bogotá, 2018.

SALCEDO S. J., Jorge Enrique, “Las misiones jesuitas en Colombia: las regiones de Casanare y Meta durante los siglos XVII y XVIII”. En: NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (coords.), *Un reino en la frontera: las misiones jesuitas en la América colonial*, Quito, 2000, pp. 99-130

WHIGMAN, Thomas, “Paraguay’s pueblos de indios: Echoes of a Missionary Past”, en *The New Latin America Mission History*, Nebraska, 1995, pp. 313-335